

encontrarse algo semejante en un compositor sajón, aun cuando fuese un genial discípulo de Wagner.

La música de Montemezzi subyuga desde el primer momento por la inspiración que campea en las melodías y por la riqueza de la instrumentación. Mas no se crea que las melodías han sido encomendadas a las voces exclusivamente, no; la orquesta de Montemezzi todo lo abarca y todo lo dice. Es la gran narradora de la tragedia.

En los actos primero y segundo, un diseño rítmico—un verdadero hallazgo—describe con precisión admirable la carrera de los bárbaros corceles, invadiendo Italia. Ciego ya y envejecido, el rey Archibaldo recuerda con placer la conquista de la bella tierra romana. “Un día,—canta al principiar el primer acto,—nuestro rey escogió los mejores de entre nosotros... y partimos! Cintilante mesnada hecha de brillos de plata, de esmeralda y de oro, como una inmensa serpiente que despierta, sale de la sombra y se arrastra cascabeleante al sol! Los caballos frenéticos en su fogoso ímpetu y los hombres sobre ellos tendidos como arcos, por la ansiedad. Todos sentimos a las primeras auras itálicas, el aroma cálido de la hermosa presa!” Ese diseño rítmico, especie de onomatopeya musical que nos representa con asombrosa exactitud la carrera de los guerreros bárbaros, es el fondo sobre el cual Montemezzi pinta con rasgos magistrales las primeras escenas de la tragedia.

Otro hallazgo genial, son los *pizzicatti* que subrayan los pasos vacilantes del rey ciego y más tarde, la espantosa escena de la muerte de Fiora, ahogada por la férrea mano del rey bárbaro. ¡Cuánta verdad en esos gruñidos de los contrabajos! ¡Cuánto horror en esa pausa que pinta el espanto en los rostros de los espectadores! Solo un compositor como Italo Montemezzi pudo alcanzar tanta perfección con medios tan sencillos.

En los momentos de amor, la orquesta de Montemezzi suspira blandamente en los instrumentos de viento—madera, en la agreste sonoridad de los oboes, en las notas veladas de los cornos y trompetas con sordina. Se exalta la masa orquestal con las frases candentes de amor o se desliza en la cuerda ensordinada los desfallecimientos de los amantes; canta el alma trémula de los violonchelos la eterna canción de los enamorados; toda la poesía de la vida se encierra en los inefables dúos amorosos... Tristán e Isolda pasan a las veces entre los delirios de Fiora y Avito.

Pero si en los pasajes tiernos y delicados Montemezzi se muestra admirable, no lo es menos en las escenas en las que las pasiones más encontradas se chocan como olas embravecidas y estallan las imprecaciones y la cólera glosadas por los instrumentos de latón. La terrible escena entre Archibaldo y Fiora que precede a la muerte de ésta, es una buena prueba de la potencia descriptiva de la música del joven maestro italiano.

¡Lúgubre música la del tercer acto! En ella confirma el compositor su capacidad para crear obras originales, depuradas de toda imitación. En este acto ya no se advierte la influencia wagneriana. El autor, tal vez recordando las palabras de Verdi, “*torniamo all'antico...*” fué a beber en las puras aguas de la polifonía palestriniana los bellos coros plañideros, que forman un contraste sorprendente con los trágicos comentarios de la orquesta.